





PASIÓN Y MUERTE
DE LOS ROMANOV



Pedro J. de la Peña

PASIÓN Y MUERTE
DE LOS ROMANOV



Primera edición: noviembre 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pedro J. de la Peña

ISBN: 978-84-17548-50-6

ISBN digital: 978-84-17548-51-3

Depósito legal:

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

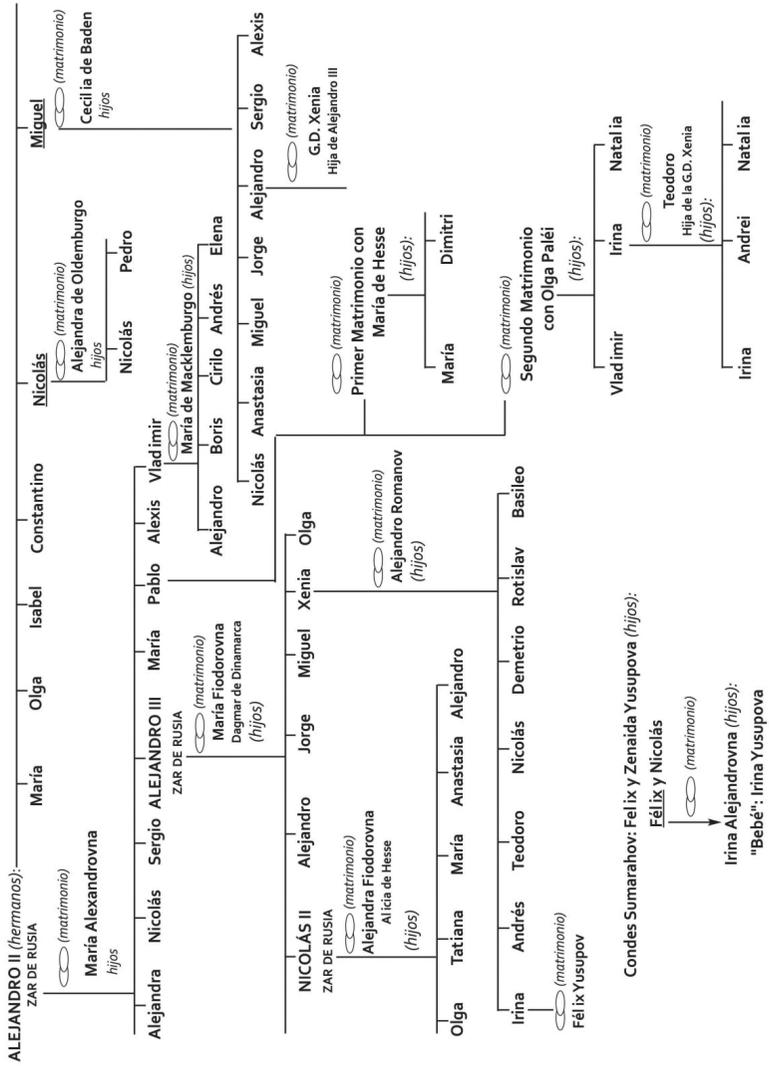
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

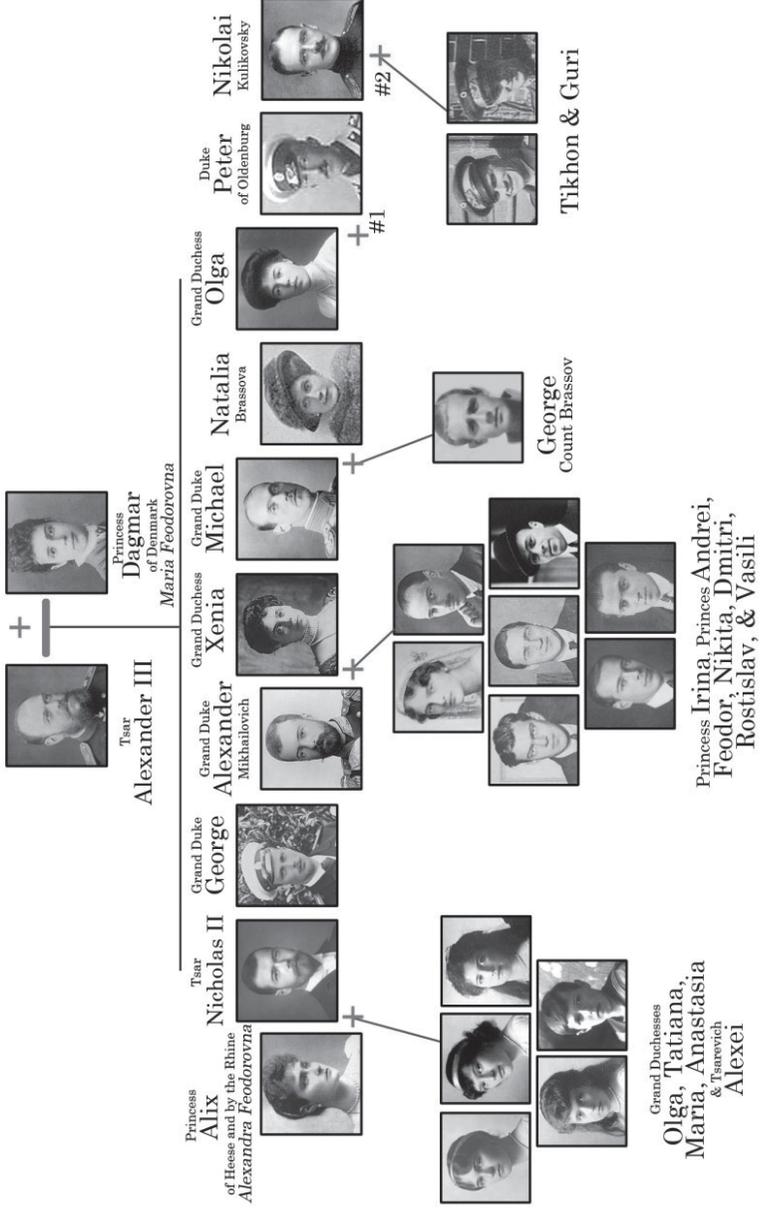
EN EL CENTENARIO DE LA PASIÓN Y
MUERTE DE LOS ZARES DE RUSIA:
NICOLÁS II ROMANOV, ALEJANDRA DE
HESE Y SUS HIJOS: LAS GRANDES
DUQUESAS OLGA TATIANA, MARÍA,
ANASTASIA Y EL ZAREVICH ALEXIS,
DERROCADOS Y ASESINADOS
ENTRE 1917-1918

IN MEMORIAM











Los asesinatos más tremendos en el entorno de los Romanov

Gran Duque Pablo:

El Duque Pablo fue uno de los prominentes personajes de la familia Romanov. Se había casado con una princesa griega a cuya muerte sucedió su segundo matrimonio con la princesa Palei. Tenía una gran influencia sobre el Zar y su familia y uno de sus hijos, Dimitri Romanov, fue íntimo amigo de Félix Yusupov, y ambos perpetraron el asesinato de Rasputín, por lo que fueron exiliados de San Petersburgo.

El Duque Pablo consideró excesivo ese castigo y rompió relaciones con la familia real hasta que finalmente, considerándole los comunistas como un miembro de la Casa Real, fue asesinado, aunque la Princesa Palei y dos de sus hijas lograron escapar a Finlandia y establecerse finalmente en París.

Gran Duquesa Elisabeth:

La Gran Duquesa Elisabeth, llamada familiarmente Ella, contrajo nupcias con el gran duque Sergio Aleksándrovich, al que se nombró gobernador en Moscú.

Era una mujer sencilla y encantadora, pero el asesinato de su marido en un atentado en Moscú en 1905, le hizo volverse religiosa

y fue considerada como una santa por toda la familia, incluso fue la persona más querida por Félix Yusupov que era ateo.

Su terrible muerte no consistió solo en ser asesinada, sino en ser arrojada viva en una mina junto a otras personas. Sus cadáveres fueron descubiertos poco tiempo después, considerándola a ella como Santa por la Iglesia Ortodoxa.

Miguel Romanov:

Fue un brillante militar reconocido como el más valiente de los generales en la guerra contra los alemanes. Su mujer, medio actriz y que solo recibió el título de Condesa, era divorciada de dos maridos anteriores. El matrimonio funcionó por la extraordinaria simpatía y belleza de su mujer.

Tras la abdicación del Zar, fue homenajeado por los monárquicos y se le dio el título de Zar de todas las Rusias por dos días, hasta que dimitió otra vez a favor de su hermano.

Fue raptado en Perm y su mujer acudió a salvarlo hablando con todas las autoridades, pero fue inútil. Fue asesinado por unos bandoleros para robarle su reloj. La condesa descubrió su cadáver y pudo darle sepultura así como reconocer a sus asesinos por el reloj.

Príncipe Palei:

Era un joven de extraordinaria sensibilidad. La cultura de su padre y el indiscutible atractivo de su madre, que fue considerada una de las grandes bellezas rusas, le hicieron dedicar su corta vida a la lectura y al ejercicio de la poesía, en la que dejó hermosos poemas que todo el mundo alababa.

Ya en la revolución fue perseguido y detenido. El hecho de ser un poeta le dio la oportunidad de salvar su vida, por el gran crédito que se tiene en Rusia a los poetas. Pero para ello le pidieron una condición: que renunciase a su familia y se convirtiese en un ruso

más. Su contestación fue: «Yo no soy ningún *tavarish*. Soy el hijo de Pablo Aleksandrovic de Rusia».

Tras decir dicha esta frase fue asesinado.



PRIMERA PARTE: EL ESCENARIO



La muerte de un perro

La madrugada en que el príncipe Félix Yusupov y sus amigos decidieron deshacerse del cadáver de Rasputín arrojándolo al río Neva, las aguas estaban petrificadas. Los asesinos del monje tuvieron que llevarlo en el coche del duque Dimitri Paulovic, quien no había disparado ningún arma contra Rasputín, pero había sido un colaborador necesario al ayudar a que el cadáver fuese arrojado desde un puente. Los copos de nieve caían y se helaban con tal velocidad que el cuerpo no llegó a hundirse más que la media mitad de la cintura a la cabeza. El asesinato se había producido en la noche del día 16 de diciembre del calendario gregoriano. Al descubrirse el cadáver por un guardia de ronda, dos días más tarde, aún con la escasísima luz invernal, el *Batinska* —«padrecito»— o «Nuestro Amigo» como así lo llamaban en la familia real, fue inmediatamente reconocido gracias a una advertencia de su hija María, que llamó a la oficina de policía para que investigase su paradero tras tres días de ausencia.

Al saber que el príncipe Yusupov fue la última persona con quién se le vio vivo, acudieron al palacio de Moika y encontraron huellas que eran una viva acusación de los hechos. Se tenía constancia de la relación del monje con sus asesinos y las sospechas recayeron inmediatamente sobre Félix Yusupov y Dimitri Paulovic Romanov para así acogerse a la inmunidad de los miembros de la familia real. En el palacio de Moika quedaban certezas sangrientas bajo las palmeras enanas en donde tantas amenas fiestas se habían realizado desde la boda de Yusupov con Irina Alexandrovna. Los

criados de la casa no pudieron ocultar que habían oído detonaciones en los sótanos del palacio y los disparos que habían realizado tanto el príncipe Félix como el diputado Purishkevic, miembro de la Duma.

Los disparos se habían hecho a muy corta distancia. Los orificios del cuerpo demostraban que le habían entrado por el pecho, por la espalda y uno por la frente. Es decir, se le había matado, rematado y finalmente ahogado en el río.

La autopsia también demostró que habían intentado envenenar a Rasputín con una gran cantidad de cianuro mezclada con pasteles y vino de Madeira. Previendo problemas, los investigadores del crimen se limitaron a dar cuenta de los hechos a sus superiores y dejar la investigación en manos de las autoridades cuya jerarquía pudiera ser escuchada en las altas esferas, ya que la zarina Alejandra y el propio Nicolás II se habían convertido en defensores a ultranza del monje que cuidaba y curaba la hemofilia de su hijo, el zarevich Alexis. El primero en tomar cartas en el asunto fue el superintendente Grigoriev, luego el comisario jefe, general Balk y, finalmente, el ministro del Interior, Protopopov. Era obvia para todos y cada uno la responsabilidad de los implicados, pero ¿qué hacer? Se trataba nada menos que del gran duque Dimitri Pavlovic Romanov, del diputado Purishkevic y el doctor Lazovert. ¿Cómo poner el cascabel al gato a Félix Yusupov, hijo del gobernador de San Petersburgo, conde de Sumaraho—Elston? Se trataba de gente a la que no se podía llevar a la cárcel y ni siquiera juzgarlos, al ser varios de ellos familia directa del zar de todas las Rusias.

Yusupov lo negó todo, aunque las pruebas eran irrefutables. Ni siquiera se había molestado en esconder la pistola, recientemente disparada y del mismo calibre que las balas encontradas en el cuerpo de Rasputín, que pertenecía a Dimitri. También se encontraron migas de los pasteles que había en el sótano, lo que llevó a descubrir una cantidad de cianuro capaz de matar a un oso polar.

La desfachatez de Yusupov llegaba al límite de reconocer que Rasputín había pasado en verdad parte de la noche con ellos y lo habían invitado a tomar unas copas.

Lo cierto es que lo llevó hasta el sótano de palacio, para que «no manchase los armiños» de los salones. Intercambiaron una larga conversación y el monje había mostrado interés por conocer a su mujer, Irina Alexandrovna, ausente de la casa.

En el sótano había una pequeña chimenea con rescoldos y brasas recientes. Una mesilla redonda, bajo una lámpara de cristales multicolores, fue el último lugar visitado, ya que se pusieron a cantar y tocar allí la balalaika. Después, supuestamente, Rasputín al saber que la bella Irina, a la que deseaba conocer, no estaba en palacio, había salido por la puerta trasera sin que conocieran su destino. Esa fue toda la información que Yusupov proporcionó.

Mientras la policía atendía respetuosamente al príncipe, solicitó permiso para hablar por teléfono con el ministro Protopopov, líder de «Los Verdaderos Rusos» y jefe máximo de la policía zarista. Le informaron minuciosamente de los hechos, mientras los copos de nieve seguían cayendo con tan plácida solemnidad que parecían parte de una ceremonia ritual en desagravio de la zarina, gran valedora del monje. En esos días, el río Neva se convertía en una maravillosa alfombra blanca para el gozo de los patinadores, que hacían cabriolas y bailaban sobre los bloques de hielo, pero su mujer, Praskovia Fedorovna, y sus hijas, personadas ante las aguas ensangrentadas del río a la orilla del puente de Petrovski, reclamaban algún tipo de acción contra el insistente asedio de muerte y definitivo asesinato de Rasputín que habían cometido los criminales, por muy altos personajes que fueran. Protopopov se dio cuenta en el acto de la gravedad de los hechos. Previó que se produciría una convulsión en la casa real, dividiendo aún más a los estamentos que sostenían a Nicolás II, y antes de acudir personalmente a Palacio, decidió que alguien de confianza intermediase en el asunto.

La zarina —*die Deutsche*, como la llamaban— había convertido a Rasputín en consejero del Imperio y su muerte iba a provocar una

calamidad de consecuencias imprevisibles. El ministro no quería tomar decisión alguna ante el riesgo de una catástrofe y se decidió, por eso, a contactar con Anna Virubova, la gran amiga y confidente de Alejandra.

Anna Virubova no vivía en palacio, junto a «La Alemana», sino en una casa en el gran jardín del embarcadero. Su padre, un miembro de la familia Tanaiev, había llegado al rango de canciller de la zarina, y de este modo había comenzado una amistad indestructible entre ambas, que pasó por las pruebas más difíciles. El encargo de transmitirle a la zarina los hechos era una de ellas, ya que Rasputín era su «amigo», su «protector», el «curandero» de su hijo, aquejado de una enfermedad tan delicada. ¿Cómo decírselo y que no se derrumbara en sollozos o se despertara en ella una cólera vengativa, ahora que era la auténtica gobernante del país, ya que el zar estaba ocupado en la guerra contra el káiser en el cuartel general de Mogilev?

Buscó todas las maneras posibles para no provocar un dolor lacerante y evitar un mal paso que podía comprometer gravemente la estabilidad del apoyo de la alta nobleza a la autocracia zarista. Se vistió con cuidado, de color gris y no del blanco de la muerte. Fue con paso ligero hasta la escalinata del «Alexander Palace», los guardias le hicieron el saludo de rigor a su linaje como miembro de la cúpula palaciega y entró, casi sin hacer espera, en la cámara privada.

—¡Anniuska! —la recibió Alejandra con alegría. Pero enseguida, al verla con la cabeza baja, se dio cuenta que las noticias que traía no eran para alborozos.

—¿Sucede algo?

—Señora, nuestro «amigo» está gravemente herido. Se teme por su vida.

—Lo han matado, ¿no?

La zarina ya había oído muchas veces esas palabras introductorias de los peores augurios para dejarse engañar y Anna tuvo que confesar abiertamente:

—Sí, majestad. Esta madrugada ha sido encontrado muerto con un tiro en la frente.

Alejandra quedó inmediatamente pálida, como si la nieve que caía fuera le hubiese helado las mejillas. No preguntó nada, pero airadamente dijo:

—¡Y creerán que nos han hecho un favor sus asesinos!

Pidió inmediatamente hablar con Protopopov y también ella se hizo cargo de la inmensa gravedad del asunto.

Los rumores empezaban a correr por las calles y se hacían corros de gente que comentaba la noticia sin llegar a creérsela del todo. Las simpatías que despertaba Rasputín eran pocas, salvo en el círculo familiar, e incluso si el asesinato era comprobado, los asesinos podían contar con la inmunidad popular. Ante las clases altas separadas de palacio no solo eso, sino que se les consideraba verdaderos héroes.

Esa información también la conocía el jefe de la temida *Ojrana* —la policía zarista— y no podía ser más perturbadora. La pistola había sido identificada como perteneciente al gran duque Pablo, padre de Dimitri, conocido coleccionista de armas que tenía distribuidas por las panoplias de su palacio. El autor de los disparos, no obstante, parecía ser Yusupov, aunque los disparos por la espalda podían haberlos realizado Purishkevic o Sukhotin. Le habían disparado desde muy cerca, mientras huía, pero uno de ellos —como si fuera un tiro de gracia— le había atravesado de frente el corazón.

Se habían ensañado con él hasta cerciorarse de su muerte. De ahí el tiro de gracia en la frente. También se había descubierto en el cadáver *pirozьki* —una mezcla de cianuro potásico— tanto en el estómago como en la boca, lo que implicaba la participación del médico Lazovert y toda una serie de agravantes de premeditación, nocturnidad y alevosía. Por último, se le había ahogado en un hueco helado del río demostrando sus enemigos una enorme voluntad de matarlo.

—¿Se sabe definitivamente si son ellos los culpables? —preguntó Alejandra.

—Desdichadamente, majestad, no existe otra hipótesis —contestó Protopopov—. Pero el general mayor Popel ha renunciado a ejercer cargos contra los implicados por parte de la fiscalía. No podemos hacer nada sin una orden de su majestad.

—Exijo entonces, señor ministro, que tanto el príncipe Félix como el gran duque Dimitri sean arrestados en sus palacios y se les impida salir del país.

Anna Virubova se echó las manos a la cabeza:

—¡Pero *matriuska!* —se atrevió a decir— ¡Qué dirán los duques!

—Esa es mi decisión, Anna. Y así se hará hasta que regrese el zar.

—El zar tiene una misión más importante que cumplir, señora, la de ganar la guerra en Polonia, ¿no es así?

—Regresará si se lo pido. Aniushka, ¿no lo comprendes? ¡Esto es terrible! El monje me había asegurado que si a él le pasaba algo malo, sería el fin de todos los Romanov.

El dolor de Proskovia Fedorovna, la mujer del *starets* —santón, pese a sus pecados— y de sus hijos —Dimitri, María y Varvara— reclamaban justicia.

En San Petesburgo, sin embargo, las cosas se veían de muy distinto modo. Tanto Félix como Dimitri eran alabados como dos campeones de la patria que habían salvado a Rusia del maligno *jiltzy* —monje flagelante— Gregori Efimovich, el campesino al que despectivamente llamaban «Rasputín» —libertino— y en el que solo veían a un *mujik* —campesino— intrigante y un vicioso que había corrompido la vida de la corte ortodoxa. Ambos creían, dada su condición, que quedarían impunes de tal crimen.

Los dos bandos tenían sus motivos para reclamar, unos la justicia, los otros, el futuro de Rusia. A la familia del zar, sus primos, tíos y hermanos, su muerte los liberaba de una tiranía inaceptable, ya que de Rasputín dependían los cargos de palacio, gobierno e incluso los del ejército. Del otro lado, el ministro Protopopov debía su cargo a Rasputín, que había intercedido por él ante la zarina, al ser uno de sus amigos. El anterior ministro, Stolypin, había utiliza-

do una represión terrible sobre los huelguistas y acabado con las manifestaciones de 1912 dejando centenares de muertos. ¿Mano dura o mano abierta? Alejandra era partidaria del látigo que se impondría sobre la razón. Había que hacer justicia.

La situación se convertía así en un atolladero. Era evidente que la muerte del *starest* no se debía a un ataque de cólera o un ajuste de cuentas, sino a una verdadera conspiración en la que, además de los autores materiales, podían existir intereses internacionales, de los servicios secretos ingleses o alemanes, para que Rusia fuera neutral o cambiase de política exterior. Todo cabía en aquel bati-burrillo inesperado.

Por eso, en la ciudad de los 600 palacios, buena parte de los cuales se situaban a lo largo de la gran avenida Nevski, ¿quién iba a lamentar la muerte de Rasputín, sucedida a menos de un kilómetro del Ermitage?

Cínicamente, mientras la zarina lloraba su muerte, en el San Petersburgo de aquellas noches se brindaba con champán en los salones encendidos con todas sus lámparas de Bohemia y de Murano en la mayoría de las mansiones. Esos últimos días de diciembre fueron muy movidos en cuanto a celebraciones irresponsables por la muerte de Rasputín.

Por eso, en el *Petersburg Times*, periódico de la tarde, apenas aparecía una escueta nota que, para regocijo de casi todos, decía: «esta madrugada en un canal del río Neva, ha sido descubierto, congelado, el cadáver de un perro».